

Theory and Practice in Post-colonial Literature, 1989), optando por una definición de *post-colonialism* “[which] speaks to the ideological, as opposed to the chronological, implications of the prefix ‘post’ and comprehends anti-colonial ideas including resistance, protest and nationalism” (p. 14). La base de la literatura “postcolonial” sería entonces “the historical experience of colonized peoples”; y como Puerto Rico sigue siendo una colonia, “[i]t is this strong historical focus that renders post-colonialism a useful context within which to study the novels of Pedro Juan Soto” (*Ibid.*). Sin embargo, esa perspectiva teórica –declarada como “A Twenty-first Century Perspective”– ha quedado en proyecto, ya que Simpson sigue en su investigación caminos trillados, que no por ello son del todo equivocados, llevándolo a un análisis textual que en muchos aspectos convence.

Este análisis está centrado en los protagonistas de las cinco novelas examinadas –*Usmail* (1959), *Ardiente suelo, fría estación* (1961), *El francotirador* (1969), *Temporada de duendes* (1970) y *Un oscuro pueblo sonriente* (1982)– que según Simpson “are incapable of coping successfully with the social, political and cultural reality that confronts them”, ya que como puertorriqueños viven “in a socio-political environment, spawned by the island’s colonial domination by the United States, which is alienating and frustrating and which influences their behaviour directly or indirectly” (p. vii). En ese sentido, enfocando aspectos temáticos y de contenido, Simpson convence particularmente en su análisis de *Usmail*, la novela más conocida de Soto, afirmando que en ella “issues of colonialism, race and identity converge to create a powerful testimony of the agony which Puerto Rico and its dependencies suffer” (pp. 59-60). En cambio, es menos convincente cuando investi-

ga lo que llama “formal elements”: para *Usmail* (someramente) las técnicas narrativas y las imágenes o metáforas que abundan en los largos párrafos descriptivos y que según el autor se caracterizan por su “overwhelming tone, [...] exaggerated in some cases” (p. 60). Prescindiendo del hecho que en esas partes descriptivas Soto elabora, con función de *leitmotiv*, unas correspondencias isotópicas que no son meros elementos “formales”, éstos, por cierto, no son el objeto de la investigación y no merecen, por lo tanto, una mayor atención por parte del autor. Lo que sí hubiera merecido su atención y cuidado es una conceptualización de la figura literaria y de las estrategias de su “characterization”, aspecto que falta por completo (Simpson no conoce ni siquiera a un clásico de la narratología como E. M. Forster). En cambio, hubiera podido desistir de las explicaciones contradictorias y vanas acerca de la supuesta diferencia, con relación al sentido político de las novelas de Pedro Juan Soto, entre “literatura de resistencia” y “literatura de protesta”, cuando afirma que es “definitely a literature of protest”, but “seems to lack that strong element of militancy that would place it firmly in the category of resistance literature” (p. 18).

Frauke Gewecke

Miguel Dalmaroni: *Una república de las letras. Lugones, Rojas, Payró. Escritores argentinos y Estado*. Rosario: Beatriz Viterbo (Ensayos críticos) 2006. 241 páginas.

¿Por qué abordar la relación entre los escritores y el Estado en los inicios de la modernización argentina a comienzos del siglo xx? Un breve repaso del contexto

histórico del período servirá para responder y valorar la importancia de los problemas planteados en este libro. En el cambio de siglo (del XIX al XX) la Argentina desarrolló un programa liberal de modernización y constitución de un Estado central, con una legislación y un sistema administrativo hasta entonces inexistente. La oligarquía contó a partir de entonces con un marco institucional para desarrollar sus intereses mediante una economía enteramente agrícola-ganadera integrada al orden internacional. Simultáneamente, el vasto proceso inmigratorio suscitó profundas transformaciones sociales, disputas por el capital económico-simbólico y relaciones de competencia en el mercado laboral. El Estado diseñó entonces una política de incorporación con el objeto de mantener a cargo de la élite la dirección del proceso. La cultura fue parte fundamental de esa política. En sus dos mandatos presidenciales Julio A. Roca se ocupó de convocar directamente a un conjunto de intelectuales. Escritores como Joaquín V. González, Leopoldo Lugones, Roberto Payró, Ricardo Rojas produjeron lo que Dalmaroni llama “una literatura escrita más para el sujeto estatal de la cultura que para el arte”. Hubo un pacto por el cual sirvieron al Estado mediante el desarrollo de investigaciones, la escritura de libros por encargo, el diseño de reformas educativas y labores docentes, a cambio de una retribución económica y una legitimación social en tanto intelectuales que cumplieran un rol considerado espiritual, superior y patriótico.

El libro es un aporte relevante que continúa y discute algunos aspectos de las investigaciones precedentes. Ángel Rama, Adolfo Prieto, Josefina Ludmer, Jorge B. Rivera, Julio Ramos o Graciela Montaldo, entre otros, explicaron cómo el surgimiento de un mercado cultural en las primeras décadas del siglo implicó para las prácti-

cas culturales la posibilidad de desligarse en cierta medida de la esfera política, en el marco de un proceso de modernización verificable en el surgimiento de escritores profesionales, la inserción de éstos en el periodismo y la ampliación diversificada del público lector. Sobre esa base, Dalmaroni presenta elementos que matizan la cuestión y la vuelven más compleja, al mostrar cómo las dos instancias que solemos considerar claramente diferenciadas e incluso contrapuestas –Estado y mercado cultural–, lejos de responder a lógicas divergentes entre las que los escritores se vieran obligados a optar, constituyeron a veces espacios complementarios para las relaciones funcionales entre modernización literaria y modernización estatal. La expresión “república de las letras” sirve en este caso para nombrar una configuración histórica particular que aglutinó varios factores, a partir de la idea compartida por escritores y estadistas según la cual planificar el Estado (e inventar una nación) era la misión principal de las nuevas letras y los nuevos artistas. La innovación respecto de estudios anteriores es significativa, porque consiste en ver ahí no un rasgo arcaico o residual, sino emergente, en el marco de condiciones del todo nuevas en la Argentina: el naciente mercado cultural y su público en formación, el joven Estado moderno y su requerimiento de narrativas nacionales y subjetividades ciudadanas.

Para desplegar sus argumentos, Dalmaroni se detiene especialmente en los casos de Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas, Roberto Payró: tres figuras que están entre las centrales del período y que, según demuestra la investigación, responden menos al modelo de letrado decimonónico que a la figura de escritor correspondiente a un imaginario moderno. Comenzaba por la propia autoimagen de los sujetos y combinaba la atención a los inte-

reses del Estado (educar según una cierta idea de ciudadanía y de progreso, aportar el fundamento espiritual al orden político) con el servicio a sus propios intereses personales y corporativos (obtener retribución económica, legitimarse como escritores, promover la modernización de las letras).

Éstas son las hipótesis centrales pero no excluyentes del libro. Sus argumentos abren productivos “desvíos” donde el eje central se extiende a otros autores o problemas, y a veces, a tiempos cronológicamente más cercanos: cómo Borges leyó a Leopoldo Lugones, cómo Lucio V. Mansilla enunció en su lenguaje “irresponsable” de artista “los promotorios de incertidumbre” que como agente estatal no podía sino ignorar, cómo Juan José Saer encarnó la extrema posición antiestatal y antirrepresentativa, cómo César Aira es el artista que rehuye el riesgo de institucionalización.

En los intersticios del rumbo general del libro, hay un aspecto adicional que quisiera también señalar: el componente *local* y *situado* del estudio de Dalmaroni, ex estudiante y graduado de la Universidad Nacional de La Plata, y en la que es, desde hace varios años, profesor. Sin habérselo propuesto, su investigación enhebra, de manera lateral, algunos episodios que atañen a esa institución educativa y al rol de algunos de sus intelectuales. Me refiero a dos figuras de la Universidad Nacional de La Plata que el libro enfoca de manera más o menos secundaria y que manifiestan distintos modos de articulación entre cultura literaria y Estado, y que son reveladoras en cada caso de las condiciones históricas en las que actuaron desde un lugar de poder. Una de ellas es la del fundador de esa Universidad, Joaquín V. González, literato y estrategia político-cultural del roquismo en los inicios del siglo xx, emergente de la

fracción reformista liberal que desde el riñón de la oligarquía encaró el problema de la “cuestión social” y contribuyó a crear una esfera pública en la que intervinieron representantes del pensamiento científico y las artes. La otra figura es la del ex docente de lenguas clásicas Carlos A. Disandro, cultor del perfil ultraderechista de Lugones, y fundador de la CNU (Concentración Nacionalista Universitaria), de activa participación en la violencia y exterminio paramilitar en los años setenta, cuyo nombre aparece en reiterados testimonios de sobrevivientes del terrorismo de Estado.

Este libro es un aporte específico a la historia de las relaciones entre cultura y política. También lo es a la historia crítica de la literatura, porque advierte en escritos cuyas virtudes estéticas sabe escasas, las intermitencias de algo que atribuimos al “arte”, aquello que incluso en el marco de políticas culturales que planifican su sentido, conduce a los textos por caminos impensados, los extravía y los aleja con ventura de su destino previsto.

Geraldine Rogers

Sergio Waisman: *Borges and Translation. The Irreverence of the Periphery*. Lewisburg/Cranbury: Bucknell University Press/Associated University Presses (The Bucknell Studies in Latin American Literature and Theory) 2005. 267 páginas.

El libro de Sergio Waisman se inscribe en una línea cuyos hitos son, además de artículos como “Borges y la traducción”, de Sergio Pastormerlo (1994) y “Borges y el civilizado arte de la traducción: una infidelidad creadora y feliz”, de Rafael Olea Franco (2001), dos monografías fun-